

donde alcance mi talento para darte las mejores reglas, que tú le inspirarás si yo faltare, á fin de que sea una mujer amable, que haga las dulzuras de su esposo y la felicidad de su familia.



CAPÍTULO VI

En el que luce mucho la instrucción y edificante conducta de la madre de Pomposita

Muy resentida quedó Pomposita con el cruel tratamiento de su madre, tanto más cuanto que estaba acostumbrada desde muy tierna á verse colmada de mimos, contemplaciones y melindres, tanto de sus padres como de sus parientes, criados y visitas de

la casa. El espíritu de ira que se apoderó de su corazón fué tan vehemente, que se negó á comer aquel día y se resistió á tomar chocolate por la tarde, á pesar de las caricias paternas, de los ruegos de todos los concurrentes y de las súplicas y humillaciones de su madre.

Ésta era muy altiva para sufrir el orgullo de su hija mucho tiempo, y así, enfadada de él, la dejó, diciéndole de paso mil boberas, y se entró á la habitación de Matilde, quien, viéndola tan colérica, le preguntó la causa, y ella dijo:—¿Cuál otra ha de ser, sino esa maldita muchacha tan malcriada como soberbia? ¿Ya viste lo que pasó esta mañana? Pues no ha querido comer, ni ha probado bocado á la hora de ésta, y ya nos hemos cansado de rogarle. Poco ha faltado para hincarme delante de ella ahora, rogándole tomase el chocolate; pero todo ha sido en balde; mientras más le rogaba más dengues me hacía el demonio de la muchacha, hasta que me enfadé y la dejé, diciéndole: aunque nunca comas en toda la vida; ¡ojalá te acabara de llevar el diablo! Y créeme que por no deshacerla á patadas la he dejado y me he venido acá.

¡Ya se ve! ella no tiene la culpa; halló tan buen defensor en mi hermano, y por eso está tan cargada de razón. Lo que quieren los muchachos es eso; hallar quién apoye sus picardías, y entonces no hay diablo que se las averigüe con ellos; pero que se atenga Pomposita á su tío y que siga chupando, que yo le juro que no me

llamara Eufrosina, si no le hiciere escupir á bofetadas cuantos dientes tiene en la boca.

El coronel, que había escuchado sus honras en tan pocas palabras, no pudo menos que incomodarse justamente y decirle: — Oiga usted, hermana; no hay que engañarnos; siempre buscamos á quién echar la culpa de nuestras malas acciones, cuando no tenemos la sinceridad suficiente para confesarlas por nuestras. La obstinación con que la niña se niega á tomar el alimento proviene de su resentimiento ó enojo, á que dió ocasión el imprudente castigo de usted, y perdone que se lo diga claro; pero usted ha tenido la culpa y no yo, que sólo hice unas justas y sencillas reflexiones en su presencia.

En toda educación bien dirigida se deben economizar los castigos cuanto se pueda, y cuando sean inexcusables deben ser correspondientes á los defectos de los niños, y según esta regla, yo no encuentro proporción entre el defectillo que ha cometido mi sobrina y el grave castigo que usted le impuso; pues en un niño no es tan gran delito chupar un cigarro para sufrir una bofetada tan cruel. Jamás las preocupaciones dejarán de acarrear funestos resultados. El caballero Ragliff, que fué el que introdujo el tabaco en Inglaterra, en tiempo de Jacobo I, se atrajo con esto el odio general en tales términos, que levantándole muchos crímenes falsos, añadieron, entre ellos, que había llevado una hierba con cuyas delicias

se entretenían todos y se distraían del trabajo. El Parlamento, preocupado á favor de los deponentes, lo sentenció á la última pena, que sufrió en un cadalso este hombre de bien y benéfico á su patria, puntualmente por haberles enseñado á sus paisanos el uso de una hierba de que después han sacado tantos provechos. ¡Tal es la fuerza de la preocupación!

Lo que más noto yo en muchas madres es que se irritan, se enfurecen contra sus hijos, y los suelen castigar cruelmente por una friolera, al tiempo mismo que les dejan pasar culpas bastante graves, que les acarrearán después mil consecuencias funestas.

—Yo no sé qué le dejo pasar á mi hija, decía Eufrosina; porque la que críe bien á sus hijos ha de ser como yo, aunque me tome la mano. Ya ve usted que en esa edad sabe leer y escribir; sabe todo el catecismo; está aprendiendo á bordar y á hacer trencitas de chaquira; á coser no, porque, gracias á Dios, tiene su padre y no ha de ser costurera; estas cositas se le enseñan porque no esté ociosa y algún día sepa lo que está bueno y lo que está malo. A más de esto, ya usted ha visto que baila un campestre, unas boleras, una contradanza, un vals, y todo con primor. El diantre de la muchacha es habilísima, y como tiene buena voz, ya está aprendiendo á tocar y á cantar por arte; ello poco á poco; pero el maestro dice que la niña da muchas esperanzas, porque es muy viva.

Por lo que mira al estilo, á la decencia, al aire de taco, al tono y todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase, que algún día ha de hacer su papel, ya usted ha visto también que me he despulsado por enseñárselas. Ella será una perra malagradecida si olvidare lo que yo he hecho por ella. Si sabe bailar, yo la he enseñado; si sabe comer con limpieza, tratar á todo el mundo según su clase, vestirse con arreglo á las últimas modas, llevar el cuerpo con aire, manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita, ¿á quién lo debe sino á mí? Y después de esto, ¿habrá quién diga que yo he criado mal á mi hija?

—Reprender á una persona sus defectos sin tener autoridad para ello, decía el coronel, es una impolítica en que yo no deseo incurrir; pero también el condescender con cualquiera persona apoyándole sus faltas, sólo por lisonjearla, es una bajeza que no se conforma con mi genio. En esta inteligencia, yo no me determino á responder por ahora á la pregunta que usted acaba de hacer; pero le aconsejo que por modo de diversión lea á ratos perdidos el tratado de educación de Mr. el Abate Blanchard, que está en el tomo cuarto de la *Escuela de las costumbres*. Este autor tiene bastante aceptación entre los sensatos, y el trozo que digo de educación, á más de ser cortito, tiene mucha naturalidad y sencillez

de estilo, por lo que no es fastidiosa su lectura. Conque léalo usted con atención, y después, si gustare, podrá repetirme su pregunta.

—Estaba yo bien fresca, decía Eufrosina, si me comprometiera á leer ese Blancar, ó Blandar, ó lo que sea. ¡Vaya! que no faltaba más sino meterme á beata fuera de tiempo. ¿Qué, piensa usted que yo soy como la zonga de mi hermana que parece una criada de la casa ó una vieja camandulera? Todo el día está la muy bobona ó en la cocina, ó con la almohadilla, ó con el libro en la mano, que no parece sino novicia recoleta. ¡Ya se ve! ella se hizo al modo de usted y le parecerá que tiene una vida de ángeles; pero yo, ¿cuándo, cuándo me había de sujetar á esa vida? no digo teniendo proporciones; pero aunque fuera más pobre que Amán, me sabría dar mis ratos para desahogarme y cumplir con las atenciones de mis amigas, y no mi hermana que parece una india de pueblo. Ella ni sabe bailar, ni cantar bien, ni nada; ¡ya se ve! ¿cómo ha de saber, si se niega á las tertulias, á los bailes y concurrencias de la gente lucida, donde se aprenden estas cosas tan necesarias á toda gente fina? Para ama de llaves, maestra de niñas, pretendiente de brígida ó capuchina no tiene precio mi Matilde. ¿No es verdad, hermana?

—Será lo que tú quieras, dijo Matilde; pero lo cierto es que como yo ya me acostumbré á esta vida, no se me

hace pesada, antes cuando tengo que concurrir á alguna parte donde hay bulla, lo hago por mero cumplimiento y porque no digan; pero te aseguro que estoy violenta, temiendo no suceda algo, mientras falto de mi casa, y deseando volverme á ella lo más pronto.

—Si lo creo, hermana, contestaba Eufrosina, ¡sobre que todo es hacerse! Ya tú te has hecho á estar encerrada y á ser una criada de tu marido y de tu hija, y de ahí no habrá quién te saque, aunque no te hagas muy santurrón; ¿quién sabe si tú no vas á los bailes porque no te gustan, ó porque no te da licencia mi hermano? Vaya, que esto último me parece lo más cierto, y esto se llama hacer de la necesidad virtud. A lo menos tú eres más chica que yo, y muy bien me acuerdo que de doncella eras muy alegre: ¡vaya, si eras una sonaja! Todo el día andabas saltando y cantando en casa; ello lo hacías mal, pero á tu gusto; y también te agradaban mucho las fiestecitas, los bailes y cuantas diversiones se te proporcionaban; de modo que si hubieras podido, hubieras sido apego de las tertulias, ó como dicen, perrito de todas bodas.

Esto es una verdad que tú no podrás negar; mira, pues, si yo tengo razón para extrañar tu recogimiento presente y para presumir que tu mudanza y tu gazmoñería no provienen de virtud, ni de que no te gusten las bullas, como dices, sino de miedo que tienes á mi